

MATAR A UNA SOMBRA



Adéntrate
en la noche

KATHERINE
QUINN

Besties

Books

MATAR A UNA SOMBRA

Adéntrate
en la noche...

KATHERINE
QUINN

Traducción de Rebeca Leal Singer



Título original: *To Kill a Shadow*

© Katherine Quinn, 2023

© por la traducción, Rebeca Leal Singer, 2024

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa, Andrés Aguirre Jurado

© de las ilustraciones, Pixabay y Freepik

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-270-5379-3

Depósito legal: B. 3.981-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Kiara



El sol no ha salido en días y la gente ha comenzado a entrar en pánico. Temo que, si el sol y su diosa no regresan, el mundo como lo conocemos ahora se verá sumido aún más en las tinieblas.

CARTA DEL ALMIRANTE LIAND AL REY BRION
AÑO 1 DE LA MALDICIÓN

Pocas personas sabían que la noche hablaba.

Y aún eran menos quienes sabían cómo responder cuando lo hacía.

En aquel momento me estaba desafiando. Los vientos silbantes y la luna color rojo sangre hacían que se me erizara el vello de la nuca. El halo carmesí era un presagio del cruel pesar que pronto alcanzaría mi pecho y lo convertiría en su hogar.

Una maldición resonó en mi garganta, ahogada por los ronquidos implacables de Liam en nuestra habitación compartida. Nada podía despertar a aquel chico, ni siquiera una de mis palabrotas más soeces, de las que enrojecían a mamá.

Casi había amanecido: el gorjeo de un alaestrella se

filtraba a través de mi ventana rota. Algunos decían que aquellos seres eran espías de los dioses, pero yo pensaba que solo eran pájaros, nada más.

Una de las criaturas saltó al alféizar; sus plumas negras brillaban con motas color púrpura, su tripita de un azul vibrante. Me miró con sus ojos oscuros y perladados antes de reemprender el vuelo, dejando tras de sí su melodioso canto.

Aparentemente, yo no era digna de espiar.

Volví la atención a mi regazo, donde descansaba mi daga favorita sobre mi mano enguantada.

Mientras giraba el mango, maldije a Raina, nuestra gloriosa y casi olvidada diosa del sol. Si no nos hubiera abandonado para que nos pudriésemos en la noche, lo de hoy nunca sucedería.

No se llevarían a Liam. No se lo llevarían...

Los malditos Caballeros de la Estrella Eterna.

Ellos, que irrumpían en nuestra aldea para llevarse a todos los chicos elegibles, obligándolos a adentrarse en las tierras malditas, en la Niebla. Ese lugar al que ningún mortal se aventuraría a ir por su propia voluntad. Después de que la diosa Raina se marchara, la Niebla surgió como una enfermedad incurable y nuestro arrogante rey se empleó a fondo en buscar una cura. Los cultivos no salían adelante y la gente moría de hambre, por lo que encontrar una solución se convirtió en una carrera contra el tiempo, una solución que él pensaba que podría hallarse donde la muerte florecía.

Yo lo consideraba un necio.

La esperanza es una posesión peligrosa.

—¿Alguna vez duermes?

Me estremecí contra el cabecero de la cama mientras

las largas pestañas de Liam se abrían y dos lagunas azules me miraban con escepticismo en la penumbra.

—No —respondí. Encendí una cerilla de la mesita de noche y alcancé la vela; la mecha prendió enseguida y mi hermano soltó un gruñido cuando la luz le golpeó en los ojos.

—Ya echo de menos mi cama —se quejó.

—Todavía te encuentras en ella. —Me reí, aunque estaba tensa. Mis trenzas rojas me rozaron las mejillas cuando negué con la cabeza.

—¿Qué hora es, Ki?

Aunque el ánimo fuera lúgubre, no pude evitar que se dibujara una sonrisa en mis labios. Ki, el apodo que Liam me había puesto cuando era una niña pequeña y no podía decir mi nombre completo. Me encantaba, sentía que me quedaba como un abrigo de cuero fino, mientras que Kiara sonaba demasiado..., bueno, femenino y delicado, nada que ver conmigo. Le habría pegado más a una chica con flores tejidas en el pelo y labios que pronunciaban palabras bonitas. Yo ni siquiera era considerada elocuente, y tampoco deseaba serlo.

Mis ojos se desviaron hacia el reloj que estaba junto a mi lecho.

—Son casi las seis.

—Dioses, ¿por qué la gente insiste en despertarse a semejantes horas? —Liam se acomodó entre las sábanas, cual recién nacido en su cuna.

—Típico en ti. Te quedarías en la cama todo el día si no fuera porque te obligo a mover el culo.

Me catapulté hasta su colchón de un salto y aterricé sobre él con una sonrisa desafiante; los muelles chirriaron en protesta.

—¡Ki! —gritó mi hermano, su cuerpo delgado atra-

pado bajo el mío. Era unos treinta centímetros más alto que yo, pero lo que a mí me faltaba de altura, lo compensaba con puro músculo. Y había trabajado duro para volverme así de fuerte; tenía varios moratones y cicatrices en el cuerpo que lo demostraban.

—¡Liam! —exclamé en respuesta mientras lo mantenía sujeto con mis implacables dedos sobre un costado—. ¡Despierta, Liam! —Él apenas podía emitir ningún sonido, sus mejillas enrojecidas por la risa.

Los maravillosos ruidos agudos que lograban escapar de su boca hacían que quisiera apretarlo aún más.

—¡Ki, ya basta, en serio! —Liam reía tan fuerte que se le salió un moco y yo comencé también a reír a carcajadas, tan ridículamente como él.

—No sabes divertirte —suspiré, dejando por fin que respirara.

Mientras él se tranquilizaba, me dediqué a observarlo, grabando el momento en mi memoria. Pero cuando mis ojos llegaron a su pecho, me puse tensa.

—Perdón, Liam —susurré. La alegría abandonó de pronto mis pulmones.

Su pecho subía y bajaba con movimientos desiguales y tensos. Con cada respiración, temblaba.

—No pasa nada. —Me sonrió, pero no pasé por alto cómo le tiritaron las comisuras de los labios.

—No, sí que pasa. No debería haber sido tan bruta. No cuando apenas hace dos días que esos cretinos te hicieron daño.

Los ojos de Liam buscaron los míos mientras inhalaba y exhalaba con cuidado. Me cogió de la mano. Llevaba sin sentir su tacto más de una década. El cuero alrededor de mis dedos bloqueaba su calor.

—De verdad, estoy bien. Aunque eres peor que un dolor de cabeza.

—Con mucho gusto seré una molestia siempre y cuando sigas respirando —le dije, y me levanté de la cama, aún preocupada en el fondo, porque sabía que debería haber tenido más cuidado.

—Puedes hacer café para compensarme —me respondió medio de broma, con los ojos brillantes.

—Venga, pero solo porque casi te mato.

Le sonreí; él negó con la cabeza. No me sorprendió en absoluto que me lanzara una almohada a la espalda al salir.

Caminé de puntillas hasta la cocina y puse a hervir agua sobre la lumbre de la chimenea. El único candela-bro de fuego solar que teníamos proyectaba su claridad sobre las paredes de madera. Extraído de las montañas de Rine, en el norte, sus extrañas gemas irradiaban una luz dorada. Cada una costaba un puñado de plata, por lo que teníamos suerte de contar con uno en nuestro humilde hogar.

Observé fijamente el café mientras terminaba de hacerse. Sabía que no iba a ayudarme con los nervios, aunque oliera genial. Lo que necesitaba era entrenar con el tío Micah. El hermano mayor de mi madre apareció en Cila tan solo unos días después del espantoso ataque que me obligó a ponerme los guantes y a no quitármelos jamás. En aquel momento me encontraba medio viva, medio consciente, y ahí estaba él, un extraño que insistió en entrenarme para que pudiera defenderme sola. Apenas se había presentado cuando vio mis manos y negó con la cabeza al comprender lo sucedido.

«Empezamos mañana», me dijo sin dar pie a réplica.

Solo acepté porque mi abuela me lo rogó; se suponía que había sido ella quien le había implorado que viniera. Con todo el pueblo al tanto de lo que había ocurrido, me habría convertido en un objetivo, y no solo de burlas. El ataque no fue ordinario, por lo que era inevitable que la sospecha me persiguiera a cualquier parte.

Odiaba a Micah la mayor parte de los días, pero los meses se convirtieron en años y esas lecciones clandestinas pasaron a ser una especie de bálsamo para la creciente ira que se había asentado debajo de mi piel.

Jamás había necesitado a mi tío tanto como hoy, en el Día de la Llamada.

Aunque no habría combate, no habría cuchillos ni puños sangrientos. No habría maldiciones, ni sudor. Me tragué la necesidad de desquitarme con cualquier objeto inanimado, rodeé las asas de ambas tazas humeantes con los dedos y caminé de vuelta a la habitación.

Le pasé una de las tazas a Liam.

—Aquí tienes, pagano.

Todo lo que recibí a cambio fue una mueca y, acto seguido, prácticamente aspiró el líquido hirviente. Cerró los ojos de alegría.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una hermana decente? —me preguntó.

¿Un cumplido? Qué inusual.

—Podrías decírmelo más a menudo. No le haría daño a nadie. —Me encogí de hombros de un modo juguetón antes de disfrutar de mi propio café. El líquido se deslizó por el borde; su cálida amargura me mojó los labios.

Liam eructó de un modo impresionante antes de dejar su taza en la mesita de noche. La madera estaba

repleta de círculos pálidos por todas las demás veces en que no había usado posavasos. Podía imaginarme a la perfección la cara de mamá al darse cuenta.

—Kiara —dijo mi hermano con cautela, y el estómago se me encogió de la preocupación—, sé lo que va a pasar hoy. No hay necesidad de evitar el tema. —Yo estaba lista para evitarlo tanto como me fuera humanamente posible—. Me siento preparado para irme. Ya me he despedido de todos, menos de ti.

De sus amigos. De nuestros vecinos. De lo que pronto sería su antigua vida.

—Te quiero, Liam —musité.

Si mis palabras lo conmovieron, no lo demostró. Apenas emitió un gruñido antes de volver a agarrar la taza con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Tal vez lo hizo por incomodidad; tal vez por tristeza. Nunca antes le había dicho que le quería en voz alta.

Y él sabía sin duda alguna por qué me había atrevido a decírselo hoy.

—Yo también te quiero, Ki. —Su garganta tembló, igual que la mía.

Los momentos pasaron sin que ninguno de los dos volviera a hablar. Noté cómo el amor de mi hermano me bañaba desde el otro lado de la habitación. Recé porque él también pudiera sentir lo que mi corazón era incapaz de nombrar.

Eso sería suficiente. Tenía que serlo.

—Ki...

Un estruendo en el exterior interrumpió sus palabras.

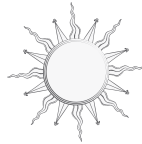
Las luces de todo el pueblo parpadearon, unos destellos amarillos se desprendieron arrojando un resplan-

dor brumoso sobre las calles, algunos rayos pálidos de sol lo salpicaron todo con una tonalidad quemada, anaranjada.

Los ojos de Liam se endurecieron como el acero.

—Parece que mi tiempo ha llegado a su fin.

La Mano de la Muerte



AÑO 49 DE LA MALDICIÓN

La daga perforó el corazón de mi hermano, deteniendo sus gritos incesantes.

No era mi hermano de sangre, pero como si lo fuera. Todos éramos una gran familia, unidos por la meta común de salvar a nuestra gente. Se suponía que nuestro trabajo consistía en acabar con la maldición, en traer el sol de vuelta.

Debí haber actuado con mayor cautela: la familia no significaba nada aquí, no en las tierras malditas, no en la Niebla.

Desenvainé la daga y observé cómo caía ante mis pies. Sus anchos ojos me acusaban. No tuve fuerza para cerrarlos.

La neblina fantasmagórica se arrastraba junto a mis tobillos, se me enroscaba en las pantorrillas y en los muslos. Apestaba a desesperación, a la podredumbre de la muerte. Me embestía la piel y empujaba hasta llegar a mi mente, sus edulcorados murmullos acariciaban las partes más profundas de mi alma, aquellas que no sabía que aún estaban ahí.

Miré hacia abajo, hacia la oscuridad, donde el cuerpo

de mi hermano yacía envuelto en neblina, y mis ojos aterrizaron sobre mis propias manos, ensangrentadas. Como buscando molestarme, la luna brilló con aún más potencia; su luz burlona iluminó el rojo mojado que jamás lograría limpiar del todo.

La brisa cambió. Unos plumajes blancos bailaban a mi alrededor, danzando de arriba abajo siguiendo mi altura, como la caricia de un amante retorcido. Sin embargo, los murmullos, aquellos murmullos que me exigían que hiciera cosas innombrables, empezaron a disiparse. El viento se llevó el caos y el frenesí que habían ocupado mi mente.

Parpadeé. El peso agonizante que sentía contra el pecho palpitaba mientras mi mirada recorría el campo turbio.

Vi extremidades: un brazo por aquí, una pierna herida por allá, una bota cubierta de sangre. Vi ojos sin mirada que captaban el destello de la luz de la luna.

Muertos. Todos mis hombres estaban muertos. Solo yo quedaba en pie.

La daga cayó al suelo, a mi lado.

Y entonces yo caí de rodillas.

—Comandante. —La voz ruda y familiar del teniente Harlow interrumpió mi pesadilla andante—. Ya casi hemos llegado.

Me estremecí encima del corcel. Me sorprendió ver como el sol calentaba las casas y la presencia de una plaza pintoresca en la distancia. Por lo demás, pude ver todos los rasgos de un pueblo asidiano tradicional, en lugar de los kilómetros y kilómetros de campo abierto que habíamos transitado durante los últimos

días desde la última aldea, y la anterior, y la anterior a esa.

En cada pueblo que visitábamos dejábamos a nuestro paso corazones rotos y enormes vacíos.

En Cila no sería distinto.